



X

Los gitanos.

Los que habían intervenido tan á tiempo eran bohemios á quienes Mariquita conocía del tiempo en que hacía con su madre aquella vida nómada. No es sólo una tradición, sino un deber darse ayuda entre sí esas gentes que se hallan fuera de la sociedad y que, como dicen en sus canciones, pasan por el mundo sin cambiar en nada desde los tiempos más remotos, guardando el secreto de su origen, de su vida, de sus costumbres misteriosas, de sus ritos respecto al nacimiento, al matrimonio y á la muerte.

Mariquita no necesitó más que un grito, señal de alianza, para que acudieran; le bastó decir pocas palabras en esa lengua extraña que sólo

ellos comprenden, para que se erigieran en defensores suyos. Y allí estaban, formando círculo en torno suyo, ante los vehículos medio desvencijados y arrastrados por caballos hécticos, verdaderos animales del Apocalipsis, esperando sus órdenes. En la galera principal, entre un montón de trapos y andrajos sucios, que quizás ocultaban el tesoro de la tribu, sentábase la hechicera de cabellos blancos, de arrugas profundas y dientes puntiagudos, que era el oráculo, la madre del *clan*.

—¿Quién es ese hombre? ¿Eres su mujer?— preguntó á Mariquita un coloso de rostro aceitunado, cabellos blancos y ceño acre, á quien la gitanita había tenido que obedecer más de una vez.

Però si en otra ocasión hubiera temblado, entonces contestó con entereza:

—Es mi hermano.

—Ninguno de nosotros ha oído hablar de que tuvieras un hermano, y tú misma no lo dijiste.

—Porque lo ignoraba.

—¿Y por qué no es de nuestra raza?

—¿Y por qué no soy yo gitana sino á medias? Sin embargo, eso no te ha impedido reconocer la autoridad de mi madre.

—Es verdad. Bueno; guarda tu secreto. ¿Cómo se llama?

—Su nombre no os importa por ahora. Ya lo sabréis más tarde.

—¿Es español?

—Francés.

—¡Un enemigo!

—Los gitanos no tenemos patria.

—No quise decir enemigo de España, sino de nuestra raza. En su país nos persiguen y nos cuelgan.

—Y en España nos ahorcan y nos que-
man.

—¿Quieres tener siempre razón?—gruñó el viejo frunciendo el ceño.

—Digo la verdad.

—¿Está muerto?

Mariquita le reconoció, y repuso:

—No; sólo herido, y ya es tiempo de socórrerle. Si no queréis curarle, idos y dejadme con él. Yo le curaré.

—¡Eres una bachillera! ¿Acostumbramos nosotros dejar morir á los nuestros sin socorro?

—Como no es de los vuestros, según acabas de decir...

—Está bajo tu protección, y, por lo tanto, bajo la nuestra. Mira dónde tiene la herida, y preguntaremos á la *Madre* lo que hay que hacer.

Mariquita desabrochó el colete y examinó la herida. Si la espada de Nocé hubiera penetrado

dos pulgadas más abajo, no tendría Lagardère necesidad de socorro alguno.

—¡El Hado le ha protegido!—dijo una de las mujeres que ayudaban á Mariquita.

—Di más bien el medallón que lleva en el pecho—interrumpió otra.—Mira la señal en la montura. Esto es lo que ha desviado la espada. ¡Es sorprendente que no se haya hecho añicos el retrato!

Muchos ojos se fijaron con codicia en la joya; la gitana reconoció el retrato de Aurora de Nevers.

—¡Ella le ha salvado!—murmuró.—¡El amor puede más que la muerte!

Era el retrato que le dió la joven cuando fué á verle al Chatelet, ya condenado á muerte. Ella misma, en presencia de su madre, se lo había colgado al cuello con una cadena de oro.

La más vieja de las gitanas, la *Madre*, se llamaba Mabel. Era la misma que antaño se encargó de guardar á Aurorita, y á la que Flor había dormido para conocer por medios magnéticos dónde se encontraba Lagardère. Era ya muy vieja entonces. Desde el carruaje inclinó su rostro apergaminado, rugoso, para ver al caballero, y preguntó:

—¿Le han matado? ¡Es un guapo mozo!

—No, madre; y es posible que escape.

—¿La herida es de arma blanca, ó de fuego?

—Una estocada tremenda, pero demasiado baja.

—¡Ayúdame á bajar! ¡Quiero verla!

Casi no necesitó ayuda, no obstante su avanzadísima edad, y pronto llegó al lado del herido. Al examinarle su rostro tomó una expresión singular.

—¡Es él! ¡No me había engañado!—murmuró.

—¡Tranquilizaos; el predestinado ha vuelto de muy lejos!

—¿Le reconoces?—preguntó el jefe.

—Una noche le dimos á beber en una copa de aguardiente *psaw* de las gitanas de Escocia...

Todos comprendieron perfectamente. La anciana prosiguió:

—Le acostamos al Norte, en la tumba donde yacían desde dos años antes los restos del viejo Hadji...

Creció la curiosidad de los oyentes, y ella continuó como si hablara sólo para sí:

—Al otro día, cuando fuimos á ver si seguía durmiendo, había desaparecido.

—¿Y cómo fué?—preguntaron muchos con curiosidad.

—No lo supe nunca. Me habían dormido también á mí. Para despertarle era preciso que alguno de nosotros revelase el secreto del

fuego, de las picaduras en las plantas de los pies y...

—¿Y por qué le hicisteis beber el *psaw*?

—Porque unos cristianos nos dieron mucho oro para matarle y para quitarle una niña que llevaba consigo. Pero era nuestro huesped, y no quisimos hacer más que dormirle.

—La hospitalidad es sagrada.

—¿Y quién le salvó?

—¡Misterio! Sin embargo, quienquiera que fuese, hizo bien. Valía más que todos sus enemigos juntos, y hubiera tenido siempre remordimientos si hubiese ocurrido algo malo á la mucbacha. ¡Era tan buena, tan dulce, tan hermosa, qué después de tantos años aún veo sus facciones como si la tuviera presente!

De pronto sus ojos tropezaron con el medallón, y al ver el retrato una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

—¡No hay duda! ¡Es ella; más mujer, pero más hermosa!

Fijaba la mirada en el retrato, de que se había apoderado con tal ansiedad, que Mariquita temió que se lo guardase.

—¡No se lo quites, madre!—exclamó vivamente.—Es su talismán: sin él, habría muerto.

Mabel frunció el ceño y dirigió tal mirada á la gitanita, que ésta no pudo sostenerla.

—¿Quién te ha dicho que quería quitársela?—repuso con autoridad—Y sobre todo, ¿con qué derecho te metes tú...?

—Porque es mi hermano—contestó la joven.

—¡Mientes! Tú no has tenido nunca hermanos. ¡Más valdría que confesaras que le amas, y no serías la primera! Otra gitanita como tú le amó también locamente. Y su amor la perdió, pues se hizo cristiana.

—¡Es verdad! Entonces se llamaba Flor; ahora, María de la Santa Cruz.

—¿La conoces?

—Es mi amiga. Hemos danzado juntas por las plazas de Madrid.

—Pues bien; le amaba, y quizás él no lo haya sabido nunca, porque lleva el retrato de otra sobre el corazón. Su belleza es fatal para las hijas de nuestra raza. Le amaréis todas, todas, os lo aseguro. Yo misma le hubiese amado, de encontrarle cuando tenía veinte años.

Se calló, y siguió contemplando al caballero. Sus últimas palabras eran tan extrañas, que la tribu entera se preguntó si la *Madre* chacheaba.

—Puede que Flor fuese quien le salvara—prosiguió,—aunque era entonces una chiquilla. Si fué ella, repito que hizo bien. ¿Qué habrá sido de ella?

—La buscamos; y ójala la encontremos pronto—replicó Mariquita—Porque no está so'c'.

—¿Con quién está?

—Con ésa—dijo la niña, señalando al retrato.

—Se quieren como hermanas.

Mabel colocó de nuevo el medallón en el pecho del herido y se metió en el carruaje, del cual salió en breve con un unguento maravilloso que extendió sobre la herida, á la vez que pronunciaba algunas fórmulas cabalísticas. En el fondo de la garganta de Pancorbo, en la cual reinaba un religioso silencio, y al indeciso resplandor de las antorchas, era un espectáculo extraño el que ofrecía aquella meguera rodeada de gitanas, curando á un extranjero con igual solícitud que pudiera hacerlo si se tratara de un hijo.

Lagardère continuaba desvanecido. Mabel humedeció sus labios y sus sienes con vinagre; el herido abrió los ojos y volvió á cerrarlos. No alcanzó á ver á Mariquita, y ante aquellos rostros patibularios supuso que había caído en otra emboscada y que la gitana era prisionera, si no cadáver. Con los párpados caídos pensó:

—¡Pobre niña! ¡Está escrito que debo ser fatal! ¡Y hace un momento me daba esperanzas y me aseguraba que iba á ver á Aurora!

Involuntariamente el nombre de su amada fué

claramente pronunciado por sus labios, y oyó murmurar á su oído:

—¡Valor! ¡La estrella sigue brillando! ¡Yo te guiaré á los brazos de Aurora!

—¡Mariquita!

—¡Aquí estoy! Los que te rodean no son enemigos.

—¡Abre los ojos!—ordenó Mabel, haciendo un signo con el pulgar sobre cada párpado.

Enrique obedeció: pudo ver en torno suyo á las gitanas, y cogió la mano que Mariquita le tendía.

—Llévadle á mi carro—ordenó la *Madre*,—y acostadle allí con mucho cuidado.

La orden fué cumplida en seguida.

—¿Adónde ibais?—preguntó Mabel.

—Á buscar á su novia que le han robado.

—¿Quién se la ha robado?

—Probablemente, los mismos que hace años os dieron dinero para matarle.

—¡Que nos dé el dinero también—dijo un gitano,—y le serviremos!

La *Madre* le miró con supremo desdén.

—Es nuestro huesped, y nadie tiene aquí el derecho de tocar á su persona ni á lo que le pertenece. Le llevaremos adondequiera, sin que nos deba una peseta. ¡He dicho!

—Está bien, madre—repuso el jefe:—lo que quieras será.

—Yo sola me encargo de atenderle, de velar por él y de curarle.

—¿No me permitirás que te ayude, *madre*?— suplicó la gitanita.

—¿Le quieres mucho?

—Como á un hermano. Ya ves que no mentí al darle tal título.

—¡Ven! ¡Tienes un corazón de oro!

Cinco minutos después la horda se puso otra vez en marcha, entonando muchos de los gitanos su monótono canto, y el caballero se durmió teniendo asida con la diestra las manos de la gitanita.

Gonzaga hubiera podido pasar cien veces ante tan [extraño convoy sin sospechar que su más mortal enemigo iba entre aquellos nómadas á quienes pagó una vez para que le asesinaran, y que á la sazón hacían causa común con él.

Cuando Lagardère se despertó era ya de día, y fué grande su sorpresa al encontrarse en tan raro carramato. No se acordaba de nada. Mabel, que acechaba su despertar, le ofreció una copa; él titubeó antes de cogerla.

—Bebe sin temor—le dijo la *Madre*.—No tiene narcótico como el aguardiente que te dieron hace años.

—¿Cómo sabes eso?

—Yo estaba allí.

—¡Bebe!—insistió Mariquita.—Es aguardiente puro con agua clara. Los que te rodean son todos amigos.

Durante la noche la vieja y la gitanita habían hablado largo y tendido, contando la joven su propia historia y todo lo que sabía de la de Lagardère.

—No tengas cuidado, hija mía; las hallaremos. Nuestra policía está mejor montada que la del Rey. Si realmente la joven ha pasado ayer por aquí como supones, no terminará el día sin que sepamos dónde está. Si no es así, la buscaremos en otra parte, y la hallaremos. Rescatarla luego es un juego de niños.

Al llegar al camino, Mariquita enseñó á la vieja las huellas de los caballos; pero el paso de los *enrodados* las hacía más confusas.

—Ahora las examinaremos, y para ello acamparemos aquí.

Así lo hicieron; pero Lagardère se quedó en el carruaje. Mariquita procuraba distraerle é infundirle esperanza.

Todas las mujeres de la tribu acudían solícitas á verle, llevándole esta una granada, una naranja aquella, un vaso de vino generoso la otra, siempre con palabras cariñosas y consoladoras. Lagardère, que agradecía con sonrisas aquella soli-

citad; se dió cuenta de que no conocía el verdadero carácter de los gitanos.

—Son buenos—pensó en voz alta; son buenos de por sí... siempre que no les paguen para ser malos.

Mabel que le oyó, replicó con dulzura:

—Y siempre que les sea simpático el favorecido. Desde luego tienen derecho á nuestra protección y estima todos los que aman verdaderamente, con toda su alma. El amor es el rey del mundo.



XI

Una pista falsa

Concluida la comida, Mabel reunió la tribu en torno suyo y tomó la palabra:

—Acaba de decir el cristiano que los de nuestra raza somos buenos cuando no tenemos interés en hacer mal. ¿Es cierto?

—¡Hay que vivir!—respondieron algunos.

—Mejores somos todavía cuando tenemos interés en hacer bien—replicó alguien.

—Tenéis razón—añadió la madre.—El poder oculto que poseemos nos ha sido otorgado para obligar á las demás razas de la Tierra á que nos sirvan, aunque no quieran. Pero hay circunstancias en que se impone una tregua entre uno ó varios individuos de aquellas razas y la nuestra, en que debemos ser buenos con quien lo es por índole.